

Hacia un urbanismo *securitario*. El mantenimiento del orden en el espacio y a través del espacio

Jean-Pierre Garnier

Sociólogo urbano

*Traducción de María Castrillo revisada por el autor**

Más vale prevenir que curar, dice el refrán. Y este principio está siendo aplicado al pie de la letra por los gobernantes de nuestras sociedades, donde la precarización, la pauperización y la marginalización de masas están haciendo salir a la calle a quienes les ha tocado pagar el pato, unos para protestar y reivindicar, otros para cometer actos de 'violencia urbana' o incluso hechos de carácter delictivo. Se habla entonces convencionalmente de 'alteraciones del orden público' y, como los gobiernos no pueden curar los males sociales que son las desigualdades crecientes, el paro y la miseria producidos por un orden cuya naturaleza 'democrática' pretenden incontestable, en vez de dirigirse contra la verdadera causa de esas 'alteraciones' simplemente se dirigen contra sus autores.

Su objetivo, pues, no es resolver la cuestión social sino *regular* los efectos de su no-solución. El contexto socioeconómico y político-ideológico general es obviado e incluso se procura no mencionarlo para evitar que parezca una 'excusa sociológica' inspirada por un cierto 'angelismo', y todo ello simplemente en beneficio de las circunstancias inmediatas y locales que son supuestamente el origen de los actos y de las conductas reprobables o pretendidas como tales. Se hace alusión, además, a un sinfín de *riesgos*, desde el terrorismo a toda una lista que no deja de ampliarse y que corre en paralelo a la de las categorías de malhechores asociadas: robo, estafa, agresión, vandalismo, tráfico de droga, mendicidad, prostitución, vagabundeo de los sin techo o sin papeles, reuniones tumultuosas, motines y, por supuesto, manifestaciones –autorizadas o no–, entre otras innumerables 'incivildades'.

Este tratamiento de los desórdenes urbanos sin curación posible toma tres vías alternativas o complementarias. La primera, la más clásica, es la mera represión con el uso pretendidamente legítimo de la fuerza física, cuyo monopolio no solo está detentado por el

* María Castrillo es docente del Instituto Universitario de Urbanística y profesora titular de Urbanística y ordenación del territorio de la Universidad de Valladolid.

Estado sino que además, según el sociólogo Max Weber, define a este. Una segunda vía, denominada prevención social, tiende a *insertar* a los individuos o grupos ‘de riesgo’ con ayuda de medidas que se suponen influyen de manera positiva sobre su personalidad, mejorando eventualmente sus condiciones de vida (empleo, escolaridad, vivienda, cultura, distracción), mientras dejan intactas las relaciones de dominación y de explotación que están en el origen de ellas. Una tercera vía, intermediaria entre las dos anteriores, bautizada como prevención situacional, consiste en anticipar, por medio de dispositivos de vigilancia, control y protección, situaciones propicias al acometimiento de infracciones o de actos oficialmente clasificados como alteraciones de la paz civil¹ o incluso como terroristas, convirtiéndolas en más difíciles, más arriesgadas o menos ventajosas para sus autores (reales, supuestos o potenciales). Es aquí donde entran en juego los urbanistas y los arquitectos para hacer que el espacio urbanizado sea *defendible*.²

En efecto, aplicada al espacio urbano, la prevención situacional consiste en reconfigurarlo físicamente con objeto de disuadir de malas intenciones a los individuos, aislados o en grupo, y, en caso de que pasasen a los actos, de facilitar la intervención de las ‘fuerzas del orden’. En otras palabras, se trata de una estrategia del mantenimiento del orden en el espacio y a través del espacio que combina dos elementos: impedir que ocurran hechos delictivos o considerados como tales, y permitir a la policía o incluso al ejército una mayor eficacia en la represión.

A grandes rasgos, las orientaciones de esta estrategia han sido esbozadas por tres especialistas en arquitectura y urbanismo anglófonos. Primero, la filósofa Jane Jacobs, que propondrá «la *securización* del espacio de la ciudades a través de la animación urbana».³ Su hipótesis de partida es que la *vigilancia natural* de los espacios comunes que están al alcance de la vista de los propios habitantes –se trata en realidad de una vigilancia más o menos espontánea socialmente acondicionada– contribuye a impedir los actos de malevolencia. Esto implica que el reordenamiento urbanístico y arquitectónico debe producir formas espaciales capaces de hacer que cada quien pueda ‘ver y ser visto’. Sin embargo, será el arquitecto-urbanista estadounidense Oscar Newman quien ponga en órbita (ideológicamente hablando) el pseudo-concepto de *espacio defensivo* (*defensive space*).⁴ Su tesis, cercana a la de Jacobs, es que la inseguridad urbana se debe a una falta de control visual, por parte de los ciudadanos, de su medio ambiente. De ahí se desprende que el espacio debe ser reorganizado teniendo como base las solidaridades vecinales y una clara delimitación de los tipos de

¹ Paz civil: neologismo eufemizante con que se designa en Francia al ‘orden público’. Tiene claras vinculaciones con la pacífica convivencia en el sentido jurídico con que se emplea en España.

² J.P. Garnier, «Un espacio indefendible. La reordenación urbana en la hora *securitaria*», en [Contra los territorios del poder. Por un espacio público de debates... y de combates](#), Virus, 2006 (disponible en descarga directa desde la web de la editorial).

³ J. Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Capitán Swing Libros, 2011.

⁴ O. Newman, *Defensible space. Crime prevention through urban design*, MacMillan, 1972.

ocupación del espacio que, debidamente jerarquizados en privados, semiprivados y públicos, propiciarían una disminución de las zonas de conflicto. La tercera inspiradora remodelación securitaria del espacio urbano es la de la geógrafa inglesa Alice Coleman, para quien existiría un vínculo entre el aumento de la criminalidad y la construcción en serie de «edificios gigantescos y anónimos de viviendas sociales» donde «se amontonan las familias» conforme, según ella, a «la utopía socialista» del Movimiento moderno en arquitectura, ese que «negaba con arrogancia el deseo innato de la gente de tener su propio espacio privado, preferentemente con un jardín». ⁵ La solución, para Coleman, era la regeneración urbana, es decir, la destrucción o el fraccionamiento de los grandes edificios en provecho de pequeños conjuntos de viviendas, cada uno de ellos con una área verde semiprivada.

Como se puede observar, estos análisis y preconizaciones están inspiradas en un enfoque *espacialista* de la realidad social, esto es, se basan en el postulado de una cierta capacidad de determinación de los comportamientos a través el entorno construido. Según esta ideología, el espacio puede ser tanto la causa como el remedio de algunos males sociales. Así, por ejemplo, la degradación de las condiciones materiales de habitación en los polígonos de vivienda social explicaría en gran parte la degradación moral que atestiguan los actos y actitudes de algunos de sus habitantes. De hecho, en este sentido, se hablará de ‘espacios criminógenos’ y, como consecuencia, de la necesidad de operaciones de ‘regeneración urbana’. A nadie sorprenderá que estas teorías y los modelos urbanísticos que han inspirado procedan de adeptos a la economía de mercado o, con otras palabras, al neoliberalismo. Para ellos y para las autoridades a las que asesoran, si hace falta cambiar la ciudad solo es para evitar que cambie la sociedad. ¡No es casualidad que Margaret Thatcher considerase a Alice Coleman su arquitecta favorita! ⁶

El urbanismo *securitario* fue importado en Francia bajo el nombre de «arquitectura de prevención situacional» en el marco de una Ley de Orientación y de Programación para la Seguridad (LOPS), aprobada en 1995. En los años que siguieron, y siempre para responder a «una demanda creciente de seguridad del espacio público», este modelo ha sido completado y reforzado sin cesar por otras leyes o reglamentaciones, todas ellas dictadas en el marco ‘democrático’ de la alternancia en el poder de la verdadera derecha y la falsa izquierda. Como es costumbre entre los gobiernos franceses, los cambios de denominación buscan disimular con palabras los objetivos realmente perseguidos. Así como la noción de *espacio defensivo* haría demasiado evidente que ciertas remodelaciones espaciales estarían respondiendo a un imperativo de defensa ‘social’, el lema oficial que orientará la intervención de los planificadores urbanos franceses evitará toda sombra de sospecha: «ordenar los lugares para prevenir el crimen». Desde el Ministerio del Interior y las instituciones estatales a las que

⁵ A. Coleman, *Utopy on trial: Vision and reality in planned housing*, Hilary Shipman, 1985.

⁶ L. Hunter-Tilney, "Architecture : Paradise lost", entrevista con A. Coleman. *New Statesman*, 12 de marzo de 2012.

competen el ordenamiento del espacio urbano hasta las prefecturas, ayuntamientos, organismos de la vivienda social y empresas de promoción inmobiliaria y también en los institutos de urbanismo y escuelas de arquitectura se ha propalado así la idea de que la forma de los edificios y de los espacios públicos podría, según los casos, ayudar o estorbar los manejos de los eventuales perturbadores y las acciones de represión policial.

De este modo, arquitectos y urbanistas, pero también paisajistas y diseñadores, a los cuales se añade toda una cohorte de sociólogos, geógrafos y antropólogos urbanos que hacen suya la finalidad policiaca de la 'gobernanza' de las ciudades, prestan su ayuda a las autoridades para la preservación de la 'tranquilidad pública' en los territorios urbanizados. Además de la proliferación de las cámaras de videovigilancia y de los controles electrónicos de acceso a los edificios, cada vez más artefactos múltiples con finalidad securitaria se integran en los planes urbanísticos y en los proyectos arquitectónicos: urbanizaciones cerradas, *residencialización* de los bloques de vivienda social (privatización de los espacios libres comunes exteriores), supresión de los lugares-trampa –callejones sin salida, pasajes oscuros, muretes, rincones, cubiertas planas, pasarelas, corredores, vestíbulos con doble entrada, etc.–, instalación de mobiliario urbano disuasorio –bolardos contra 'alunizajes' o similares,⁷ bancos anti-mendigos–, eliminación de los obstáculos visuales en los espacios públicos y distribución de los edificios residenciales de forma que permitan la llamada *vigilancia natural* por parte de los vecinos o transeúntes, vegetalización disuasiva –setos 'anti-atraco' a lo largo de las fachadas, a veces con espinas venenosas–, supresión del aparcamiento al pie de los edificios y de las escaleras entre de los bloques de viviendas sociales para facilitar los desplazamientos de las motos, coches y camiones de la policía e incluso los blindados del ejército. Todos estos elementos y otros muchos se conjugan entre sí con vistas a un solo fin: incitar a los 'delincuentes' y 'subversivos', reales o potenciales, a dejar de considerarse los 'dueños del terreno'.

Sin embargo, en Francia como en otras partes, estos dispositivos espaciales han sido criticados, no solamente por los adversarios del neoliberalismo y los militantes anticapitalistas, sino a veces también por algunos defensores del orden establecido, ya sean policías, investigadores en ciencias sociales o arquitectos, que los juzgan como contraproducentes, ineficientes y antiestéticos. Según ellos, dan lugar a una ciudad bunkerizada, panóptica^{**} y paranoide compuesta por enclaves cerrados replegados sobre sí

⁷ En francés *voitures-béliers*, coches utilizados para romper cajeros automáticos.

^{**} El panóptico es un tipo de arquitectura carcelaria ideada por el filósofo utilitarista Jeremy Bentham hacia fines del siglo XVIII. El objetivo de la estructura panóptica es permitir a su guardián, guarnecido en una torre central, observar a todos los prisioneros, reclusos en celdas individuales alrededor de la torre, sin que estos puedan saber si son observados. El efecto más importante del panóptico es inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder, sin que ese poder se esté ejerciendo de manera efectiva en cada momento, puesto que el prisionero no puede saber cuándo se le vigila y cuándo no. Fuente: Wikipedia. N. del E.

mismos para proteger a sus habitantes o sus usuarios legítimos contra los 'extraños', vistos, por ello mismo, como sospechosos e incluso indeseables. Esa crítica interna securitaria no vacilará en hablar de 'ecología del miedo' –retomando la fórmula del antropólogo urbano radical Mike Davis–⁸ ni en denunciar el efecto a veces angustiante que producen sobre la población esos entornos *securizados* que parecen inquietarla más que tranquilizarla.

Obviamente, la necesidad de 'defender la ciudad' –como ya dije, se trata en realidad de defender el orden social capitalista que se impone a esta– nunca ha estado menos puesta en tela de juicio que ahora,⁹ cuando el 'enemigo' está tanto más presente cuanto es cada vez menos definible: a la vez exterior e interior, local y global, real y virtual. Para los estrategas más innovadores de la 'pacificación urbana', es preciso establecer un nuevo modelo de organización y de funcionamiento del espacio urbano, más sofisticado y más sutil. En realidad, lo uno no contradice lo otro y ambos van a combinarse. A la ciudad-fortaleza descrita y denunciada por Mike Davis, en la que se prohíbe o limita la entrada a ciertos lugares de perturbadores reales o potenciales, se superpone ahora la «regulación de los flujos por medio de la separación de las circulaciones por tipos de públicos, de tal manera que se eliminen los riesgos de fricción social y humana».¹⁰ Así, la protección física de ciertos espacios irá de ahora en adelante a la par con la gestión de los desplazamientos.

Hoy día se trata además de constituir un espacio adaptable a cualquier situación, incluso las que ya no puede controlar la propia sociedad compleja que las genera, una sociedad 'movidiza' que obliga a los ciudadanos a moverse en la incertidumbre y que, según la metáfora del sociólogo Zygmunt Bauman, se habría vuelto *líquida*.¹¹ Haciéndose eco de politiqueros, periodistas y expertos *mainstream*,¹² el arquitecto Paul Landauer apunta que, «desde las incivildades al terrorismo, pasando por las agresiones y las violencias urbanas», la delincuencia estaría asimismo conformándose a imagen de la sociedad: «cada vez más movidiza y volátil».¹³ Así que ya sería hora de anticipar lo imprevisible, de enfocar lo improbable. Todo puede ocurrir en cualquier lugar y en cualquier momento. Se habla a este respecto de la necesidad de una 'gobernanza de lo aleatorio'. «Frente a una inseguridad plural y movidiza, la seguridad no puede ser sino global y evolutiva», dicen los autores de un libro de recetas dirigido a arquitectos, urbanistas y paisajistas para ayudarles a «apropiarse del campo de la seguridad».¹⁴

⁸ M. Davis, *Contrôle urbain, écologie de la peur*, Ab Irato, 1997.

⁹ Th. Oblet, *Défendre la ville. La police, la ville et les habitants*, PUF, col. La ville en débat, 2008.

¹⁰ P. Landauer, *L'architecte, la ville et la sécurité*, PUF, 2009.

¹¹ Z. Bauman, *Le présent liquide. Peurs sociales et obsessions sécuritaires*, Le Seuil, 2007.

¹² M. Rigouste, *Les marchands de peur*, Libertalia, 2010.

¹³ P. Landauer, *Op.cit.*

¹⁴ *Guide des études de sûreté et de sécurité publiques*, La Documentation française, 2007.

Igual que la inseguridad ya no sería de antemano exclusiva de las 'clases peligrosas' –la clase obrera, en particular–, tampoco sería ya propia de lugares específicos, «de calles desiertas y de barrios 'calientes'» (aunque las zonas de relegación llamadas 'barrios vulnerables', donde está confinada una parte de las clases populares, siguen siendo las primeras en las prioridades de regeneración con el objetivo de 'pacificarlas'). Ahora se entiende que los espacios urbanos más 'expuestos' son los más frecuentados por gentes de toda índole: infraestructuras de transporte, centros comerciales, equipamientos de ocio, plazas del centro de la ciudad, etc. De ahí que el urbanismo *securitario* clásico ya no baste. Además de haberse diversificado, «las poblaciones que deben ser controladas se presentan como indistintas y, al tiempo, móviles», lo que obliga a echar mano de un «urbanismo 'inteligente' –tal como se habla de tecnología 'inteligente'– capaz de modificar sus planes conforme a las circunstancias».¹⁵

¿En qué consiste concretamente esa 'inteligencia'? En establecer dispositivos de separación y canalización de los diferentes públicos, en limitar los cruces para evitar los embotellamientos y la congestión propicios a toda clase de actos de malevolencia –desde las raterías hasta los atentados pasando por los motines, y también en instalar 'perímetros de seguridad' móviles y extensibles que sirvan para filtrar a los usuarios según la legitimidad que se les reconozca para estar presentes en los lugares que se pretenden *securizar* o en su entorno inmediato, todo ello sin olvidar la vías especiales reservadas para las intervenciones rápidas de la policía. Estas técnicas están siendo difundidas poco a poco por todas partes en nuestras ciudades, sea cual sea el nivel de riesgo que se les suponga, en virtud de una creciente obsesión por las concentraciones imprevistas, los movimientos de la muchedumbre, las reuniones tumultuosas y los desbordamientos incontrolados. El objetivo básico es incitar al desplazamiento y disuadir del estacionamiento en el espacio público. Las palabras clave son fluidez y movilidad. La inmovilidad se convierte en sospechosa de bloquear, intencionalmente o no, los flujos. El aeropuerto y sus alrededores o el estadio de fútbol y sus inmediaciones se han convertido en el modelo para todo esto, lo mismo para desbaratar las acciones de los *hooligans* que los atentados terroristas.

Con todo, según los promotores y adeptos de un urbanismo *securitario* más *soft*, es decir más atento a «conciliar seguridad y urbanidad»,¹⁶ aquel modelo también podría resultar excesivo y, a su vez, contraproducente. Aunque «la coacción espacial es mucho más tolerada que la represión policial», apunta el sociólogo Thierry Oblet, para que consiga sus plenos efectos, hace falta que sea discreta y no dar a los ciudadanos la nefasta impresión de vivir en un ambiente urbano carcelario. De ahí que arquitectos, urbanistas y paisajistas sean invitados a rivalizar en creatividad artística para hacer acogedores los espacios que *securizan*. Esta es la

¹⁵ P. Landauer, *Op.cit.*

¹⁶ *Ibid.*

'buena nueva" para todos aquellos al acecho de innovaciones *securitarias* en el ámbito urbano.

Sin embargo, por perfeccionados que estén, estos subterfugios estéticos no pueden superar la contradicción a la que se enfrentan los expertos en manipulaciones espaciales que, bajo la presión de sus comitentes públicos –en particular los ayuntamientos–, se desloman para hacer rimar seguridad y sociabilidad. Por eficaces que sean en términos de pacificación de conflictos y enfrentamientos urbanos, las estrategias fundadas en la separación de usuarios y en la especialización de usos –comercio, deporte, arte, fiesta...– no pueden ir en la dirección de la 'consolidación de los lazos sociales", objetivo unánime y consensual ritualmente evocado en los discursos de quienes deciden las políticas urbanas y en la prosa de sus siervos investigadores.

Ignorando deliberadamente la división de la sociedad –y, por tanto, de la ciudad– en clases, así como las desigualdades patentes y los antagonismos que genera, los que hablan de una ciudad 'ciudadana, donde cada uno contribuiría a la seguridad de todos, también cantan alabanzas a un espacio público apto para «dar lugar al encuentro entre seres libres e iguales»,¹⁷ al tiempo que lamentan que las estrategias que dan prioridad al mantenimiento del orden en detrimento del 'vivir juntos" vayan en contra de la «preservación de un espacio común entre los hombres [...] necesaria a la propia seguridad, pues solo ella puede garantizar un reparto y una distancia justa entre usuarios, habitantes, ciudadanos y visitantes». ¹⁸ De ahí, una serie de preguntas tontas elevadas al rango de problemáticas científicas: «¿Cómo provocar el encuentro en ciudades concebidas para evitar que la gente se cruce? ¿Existe una manera posible de compartir colectivamente lugares jerarquizados conforme al grado de conocimiento mutuo –donde el desconocido es percibido como un intruso o, peor, un sospechoso– y de identidad?».¹⁹ La respuesta que se da está a la altura, si es que se puede decir así, de las cuestiones planteadas: habría que aprovechar «la consideración de la seguridad en los proyectos urbanísticos y arquitectónicos» para «encontrar la distancia justa entre los distintos miembros de la colectividad urbana, por muy diferentes que sean. Ni demasiado cerca ni demasiado lejos, ni demasiado separados ni demasiado juntos, ni demasiado en movimiento, ni demasiado inmóviles». En pocas palabras, como la distancia social se postula como intangible, la distancia espacial debe servir como variable de ajuste. ¡No tienen poco trabajo los arquitectos y urbanistas si tienen que demostrar que, a través de la 'distancia justa", pueden resolver los problemas de seguridad!

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.* Con el término identidad el autor se refiere a la identidad social y racial.